

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno id. de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem y una lámina de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

ANECDOTA ARABE.

Se sabe el valor que dan los árabes á sus caballos. Uno de ellos, llamado Abu-Taleb, (no garantizo el nombre, pero poco importa para la historia si es verdadera), tenia una yegua que

—¿Qué tienes, hermano mio, le dijo, y en qué puedo aliviarte?

—Hermano, respondió el forastero, he creído que podía llegar á la ciudad esta noche; pero el cansancio y la enfermedad han agotado mis fuerzas. Móntame sobre tu yegua, y sálvame de la mordedura de las fieras. Te lo pido en nombre de Dios.

—Ven, repuso Abu-Taleb, y monta á la grupa detrás de mí: te llevaré á mi casa.

—¡Ay! dijo el otro: apenas pueden sostenerme mis piernas, ¿cómo podré sin auxilio tuyo montar en la silla?

Abu-Taleb bajó entonces de su yegua; después, cogiendo al forastero en brazos, lo colocó suavemente sobre la silla, le metió los pies en los estribos, y le puso las bridas en la mano. En el mismo momento el pretendido enfermo, metiendo espuelas á la yegua, echó á correr como un rayo, y parándose á algunos centena-

mentos sobre la calefacción, vale la pena de que no lleguemos á él sino con detenimiento, y siguiendo, por decirlo así, los grados por los que el mismo experimentador ha pasado.

Y empezamos partiendo de un hecho singular, pero fundamental; el agua, sorprendida bruscamente por un calor muy intenso, no salta. Si se la echa, por ejemplo, gota á gota sobre una plancha de metal fuertemente calentado, se reúne en glóbulos cuya temperatura es inferior á la de la ebullición; se diría que el líquido se mantiene á distancia de la plancha metálica. Pero si se enfria la plancha, y entonces la moja el agua, se verifica la ebullición con una extrema prontitud. La habilidad del operador consiste, pues, sobre todo en mantener la incandescencia del recipiente metálico. Todavía son indispensables algunas otras condiciones secundarias, pero monsieur Boutigny las llenó con esa habilidad fácil que solo la costumbre puede dar.

Así, una bala roja colocada en el agua fría separa el líquido á su rededor, quedando tranquilo y trasparente; luego, perdiendo poco á poco la bala su alta temperatura, se aproxima á ella el líquido gradualmente, y en cuanto está en contacto con ella, su evaporación es considerable al punto mismo. Y si, en lugar de una bala, se sumerge en el agua fría un vaso enrojecido, el líquido se sacará tan sin alteración como si el vaso estuviese frío, y únicamente la cantidad del líquido contenido debe ser menor que la que admite la cabida del vasito, puesto que el líquido no toca ni al fondo ni á las paredes.

Mas he aquí una experiencia análoga, y que choca aun mucho mas porque es mas exterior, mas visible; el agua fría derramada en un cedido metálico, no pasa, de modo que se puede coger agua en una espumadera, como si esta espumadera fuese una cuchara, porque el líquido queda encima de los agujeros y no los traspasa.

Y lo que decimos del agua es aplicable á todos los líquidos.

Así, pues, si se derrama ácido azoótico (agua fuerte), sobre una plancha de cobre calentada en alto grado, ambos cuerpos permanecen insensibles; y sin embargo, la química nos enseña que el ácido azoótico es el que ataca al cobre con mas energía; pero toda union química es imposible, puesto que la calefacción impide el contacto.

Se comprende que las experiencias de la calefacción pueden variarse al infinito, y nadie puede vaticinar á qué resultados extraños puede llegar el mismo Mr. Boutigny. ¿Cómo, efectivamente, sospechar siquiera que seria posible transformar en nevera un crisol candente, ó mas bien producir la congelación del agua en el fondo mismo de un brasero? Pero antes de describir esta última operación, la mas admirable de todas, recordaremos este principio fundamental: todo líquido calentado de repente por un calor muy intenso, adquiere y conserva una temperatura inferior á su grado de ebullición. Así, el agua, que hierve á 100° sobre cero, no tendrá sino una temperatura de 96° grados; el ácido sulfuroso que, liquidado, hierve á 10° bajo cero, no tendrá en la calefacción mas que una temperatura de 12° bajo cero. Precisamente estos son los dos líquidos de que se va á tratar, y que van á concurrir al resultado. Se calienta, pues, al grado blanco un hornillo, se derrama en una cuchara larga cierta cantidad de agua, y algunas gotas solamente de ácido sulfuroso, y se introduce en el hornillo la mezcla. Los dos líquidos se calientan, el agua toma una temperatura de 96° sobre cero, y el ácido sulfuroso la de 12° bajo cero; y desde entonces, extraños enteramente al fuego que los rodea, estos dos liqui-



reunía todos los signos favorables, y cuya ligereza era celebrada en todo el Hedjaz.

Los signos á los que los árabes dan grande importancia, son ciertas señales exteriores ó marcas, por las que pretenden reconocer no solo las buenas ó malas cualidades del caballo, sino hasta adivinar el destino feliz ó desgraciado del poseedor. Este conocimiento de los signos, privilegio de un corto número, es una de las ciencias á que se consagran mas los árabes, y que dan mas motivo á disputas y controversias entre ellos.

Un cheick de la vecindad vió la yegua de Taleb, é inmediatamente concibió un ardentísimo deseo de poseerla; pero en vano ofreció por su parte una considerable suma al propietario: éste rehusó deshacerse á ningun precio de un animal que era considerado á la vez como el orgullo y el Palladium de la tribu. El cheick, viendo rechazadas sus ofertas, imaginó entonces un ardid que debía hacerle dueño del objeto de su codicia. Un día que pasaba Abu-Taleb con su yegua por un barranco á alguna distancia de la ciudad, oyó una voz lamentable que salía de una de las matas que habia en el camino.

—Párate, decia la voz, y si llevas un alma de un musulman, ten piedad de un desgraciado.

Abu-Taleb volvió los ojos hacia el lado de donde salian aquellos lastimeros acentos, y vió sentado en la orilla del camino un hombre medio cubierto de harapos, que parecia estenuado de fatiga.

res de pasos del árabe estupefacto, le gritó con aire burlon:

—¡Hola! ¡Eh, eh! Abu-Taleb, hijo de Amru, concómete: yo soy el que he enviado tres veces á tu casa para comprarte tu yegua; te has negado á vendérmela, y te la cojo. ¡Feliz viaje!

Al oír estas palabras, Abu-Taleb suspiró, pero dirigiéndose al raptor, le dijo:

—Detente, párate, y oye una súplica: cuando estés de vuelta entre los tuyos no les hables de mi desgracia, de miedo de que al saberse tu acción no se separen otros hombres de la caridad y les impida el hacer bien á los demas: te lo pido en nombre de Dios.

Entonces el cheick bajó de su yegua, y conduciéndola por la mano á Abu-Taleb le dijo:

—He escuchado demasiado mi pasión, que ha robado á mis ojos la luz que Dios ha puesto dentro de cada hombre para dirigirse. No; no debo persistir en mi acción, pues que tendria tan fatales consecuencias para el pobre género humano.

Así habló el cheick á Abu-Taleb, y se añade que desde aquel momento se profesaron una inalterable amistad.

CONGELACION DEL AGUA EN UN BRASERO.

Este paradojal fenómeno, que Mr. Boutigny acaba de descubrir en sus ingeniosos experi-

dos van á obrar mutuamente, el uno sobre el otro, para poner su temperatura respectiva en equilibrio, como lo haria en circunstancias ordinarias. Asi el ácido sulfuroso se calienta á espensas del agua que se enfria, y muy pronto, en efecto, la mezcla recibe un equilibrio de temperatura inferior á cero; el agua, por consiguiente, se hiela en la cuchara que retirada á tiempo, se encuentra lleno de hielo.

La calefaccion presenta todavía otras particularidades que deben, lo confesamos, alterar algo las actuales teorías de la ciencia. Esperamos que esta llegará sin duda á conciliarlo todo; mas aun, lo deseamos sinceramente, lejos de confundirnos con esos espíritus turbulentos que ya se rien acaso de su embarazo. Pero tambien confesamos con franqueza que es útil de cuando en cuando se presenten inopinadamente hechos contra los cuales el genio del hombre se estrella, y que le obligan á detenerse, porque esos hechos le recuerdan, á lo menos por el momento, que su inteligencia es limitada, mas las obras de Dios son infinitas.

LAS MIL Y UNA NOCHES

DE EUROPA Y DE AMERICA.

(Conclusion).

CAPITULO SEGUNDO.

DE COMO EL NOTARIO WAPPENBEKEEL, EN LUGAR DE GUARDAR LOS SELLOS, FUE PUESTO BAJO SELLOS Y SE HIZO IMPERMEABLE.

—Esa leyenda, exclamó su alteza, se parece mucho á las de Mil y una Noches, si se exceptúa que vuestras nieves, vuestros hielos y los pinos del Norte, no me agradan mucho. El sol del Bósforo y los floridos campos de la Persia valen mas. Mas veamos, ¿qué sucede al notario, frente á frente del gigante de la bata, cuyo extraño deseo era hacerse arrancar un diente de oro?

—El pobre notario, replicó Einrich, no titubeó; pero cuando la boca del gigante se abrió y le enseñó una fila de enormes molares y terribles incisivos, en medio de los que se elevaba en el lado izquierdo, del seno de una profunda cavidad, y semejante á una columna el colosal diente de oro, le temblaron todos sus miembros, y exclamó:

—¿Cuál?

—El diente de oro, exclamó el gigante con voz estentórea.

El estremecimiento de Wappenbekeel se hizo todavía mas violento. Introdujo el instrumento de acero en la boca del colosal señor, conmovió con mano indecisa el diente de oro, que no cedió á la accion mal dirigida que se le aplicaba, y vió á los dos enanos marchar hacia él con aire irritado.

Al ver aquello, pálido como la muerte, experimentó una horrorosa opresion de corazón. Las facciones de su cliente, surcadas por hinchadas venas, indicaban una rabia espantosa. Wappenbekeel perdió todo su aplomo y esperanza, y pidió gracia y merced con las manos juntas. Sin embargo, sea que el gran señor fuese sufrido para el dolor, ó que desdénase vengarse, se contentó con arrojar una terrible mirada al operador, y con un solo gesto le mandó hiciese una segunda tentativa.

El notario no se lo hizo repetir dos veces, cogió su instrumento, le volvió á colocar, y tiró con toda la energía de un hombre que tiene miedo. Pero tuvo mal éxito. ¡Ay! el resultado habia sido demasiado completo: Wappenbekeel se habia engañado: la mandíbula entera salió pendiente del fatal acero, y solo el diente de oro habia quedado intacto. En lugar de recurrir á las lágrimas y enternecer con súplicas el corazón de su víctima, creyó mas prudente volverle los talones y largarse. Por desgracia un perro de presa de negra nariz, se arrojó atravesado en la puerta, enseñándole unas mandíbulas terribles que parecia no estar de humor de entregar al gatillo del dentista.

—¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? Wappenbe-

keel cayó de rodillas, mientras el castellano, que no habia pestañado, entregó su dolorida y mutilada mandíbula á sus enanos, que enviaron cuidadosamente en un paño de damasco color de violeta, de mérito señorial.

—¡Oh, caballero! ¡Gran caballero! ¡Magnánimo paladin! exclamó el pobre hombre; perdon en nombre de las leyes de la caballería, que defienden al pobre y al huérfano..... ¡misericordia!

—Eres, le dijo el gigante con una voz sorda, y que hacia poco inteligible la reciente herida, un presuntuoso y un charlatan.

—¡Piedad!

—¡Ah! ¡piedad!... tú no tuviste piedad de mi mandíbula.

—¡Gracia!

—No, ciertamente...

—¡Soy un torpe y un miserable! Pero la caballería os manda perdonar al débil.

—¿Me querrás enseñar lo que me manda la caballería?

El notario continuaba prosternado ante su juez; su huesoso rostro, su extraño vestido cubierto de lodo, sus manos descarnadas y lividas, su voz clara y vibrante, su actitud descompuesta y rara, su inofensiva espada, cuyo puño tocaba al suelo, todo esto componia un cuadro del que se hubiese reido un novelista moderno en sus momentos mas sombríos; pero el castellano se sentia poco dispuesto á la alegría. Su frente permaneció arrugada como una vela de navio á medio cargar, respondió con un tono poco bondadoso:

—¡Vamos, reptil! ¡Basta de tantas frases y doctorales sentencias! Te he prometido recompensa en caso de buen éxito, castigo si hacías barbaridades; creo que no tengo ningun motivo para congratularme de tu destreza; serás castigado. No pienso en matarte: seria hacerte demasiado honor, pero has tenido la audacia de enseñarme los deberes de señor y de caballero, y espero divertirme á costa tuya. Basta de gritos, y sobre todo, nada de recursos oratorios, si no, te planto una mordaza, y pasarás algunas horas muy malas.

—¡Ah! ¡Muger mia, muger mia! exclamó Wappenbekeel. ¡Es posible haber estraído tan maravillosamente, hecho salir tan diestramente del alveolo el diente de aquella baronesa delicada y encantadora, haber ejecutado una de las mas difíciles operaciones de improviso, y engañarme de este modo cuando se trata de un diente de oro!

—Cállate, le dijo el gigante, á quien los dos enanos vigorosos llevaban sentado sobre un gran sillón.

—¡Me callaré! replicó en tono humilde el notario; me someto sin réplica á vuestras órdenes y á vuestro omnipotente poder. Me vais sufrir con calma y resignacion todos los suplicios que os agrade imponerme; sin embargo, si la piedad no se ha extinguido en vuestra alma de caballero, si alguna chispa de caridad brilla todavía...

—¡Silencio, charlatan! aulló el propietario del castillo, ¿es así como obedeces cuando manda un amo? ¡Marcha delante de mí!

El alano abria la marcha; Wappenbekeel seguia con la cabeza baja, y esta procesion poco triunfal terminaba por el sillón del gigante que llevaban los enanos. A cada momento se enredaba entre las piernas del notario su pequeña espada; cayó, é hizo reir mucho á su magestad castellana.

—¿Con qué derecho, exclamó el señor, llevas esa inútil y embarazosa espada? ¿Eres caballero?

—De nombre y de armas, respondió levantándose Wappenbekeel.

—¿Caballero dentista?

—Sí señor.

—¿Notario, caballero dentista?

—Sí señor.

—¡He aquí un nombre magnífico y armas bien llevadas! ¡Caballero dentista, no eres mas dentista que caballero! ¿Cómo sostendrás el peso de una armadura? ¡Tú no eres mas que la mitad de un hombre! Mas espera, yo corregiré bien pronto los defectos que te dió naturaleza. ¡Quiero hacerte el mas sólido de los paladines, el mas impermeable de los valientes y el mas invulnerable de los héroes!

Y el gigante prorumpió en una estrepitosa carcajada que hizo resonar las góticas bóvedas, y se perdió en los prolongados corredores donde estaban colocados en batalla enanos de todos colores, armados de lanzas de pez y resina, que arrojaban á lo lejos una lúgubre claridad.

—¡Marcha, marcha! le gritó el gigante.

El notario comprendió que era preciso ceder á una orden tan formal. Palpitando de espanto, con el rostro mas pálido y amarillo que de costumbre, siguió vacilando el camino que le indicaba el hombre de la mandíbula rota. Este le condujo por largas galerías y estensas escaleras hasta una especie de armería, donde estaban colgadas mas de cincuenta armaduras de formas y dimensiones diversas. En aquel salón fué preciso, de buen ó mal grado, que el dentista-notario se desnudase, y que armase su frágil cuerpo con piezas que convenian á su estatura y á la exigüidad de sus miembros. Los dos enanos que habian llevado á su amo le servian de camaristas.

Una vez armado de pies á cabeza, cuando tuvo ceñido su puñal á su cintura, y sujeta su cimera con penacho sobre su cabeza, le condujo el castellano á la cocina. Allí cuatro enanos, muy semejantes al que habia reclutado al dentista, estaban agrupados alrededor de un fuego infernal, cuyas llamas rodeaban centelleando.

Era un extraño espectáculo el que presentaba aquella cocina. Allí se encontraban esparcidos todos los trages imaginables pertenecientes á las mas diversas profesiones.

—La locura de nuestros contemporáneos, exclamó el señor, es salirse de su profesion y dedicarse á cosas muy distintas de las que deberían hacer. Es un defecto que yo corrijo perfectamente. Ese toco aldeano, continuó levantando su traje ordinario, queria remedar al elegante gentil-hombre; le he hecho coser en los mas magníficos vestidos de brocado y seda; al presente trabaja con ese trage que seguramente le incómoda. He aquí el despojo de una joven encantadora por otra parte, rubia y graciosa, que corria los bosques vestida de amazona, creyéndose un guerrero de primer orden; la he puesto á la cabeza de mis cazadores, y recorre los bosques á su satisfaccion.

—¡Monseñor! ¡Monseñor! exclamó el notario, ¿qué queréis hacer de mí?

—Caballero, respondió el gigante, caballero dentista y notario, ¡voy á sellarte en tu armadura! ¡Hola! ¡Mis enanos, á mí!

—¡Oh! ¡Señor, señor!

—Notario, serás sellado caballero, serás armado. ¡Enanos, aquí!

—A vuestras órdenes, señor.

Todos los enanos se arrodillaron. El pobre Wappenbekeel estaba mas muerto que vivo.

—Hijos, exclamó el castellano, hé aquí un buen mozo que me vais á remachar en su coraza. Coged vuestros utensilios y haced vuestro deber.

Al punto los pequeños obreros, sin responder nada, cogieron á nuestro dentista, á quien corrian por la frente gruesas gotas de sudor. Le colocaron sobre una larga mesa, donde con la ayuda del metal fundido y de hierros candentes, comenzaron á soldar las diversas piezas de la armadura que encerraba al infortunado dentista.

—Hacedme un caballero de ese dentista, exclamaba el gigante.

Wappenbekeel, sintiendo calentarse el cobre y tostar su piel, se puso á rugir como un león; pero sus gritos no producian mas efecto que los sollozos de un niño encorvado bajo las disciplinas del maestro de escuela. En vano suplicaba al castellano tuviese piedad de él y le concediese su perdon: sus súplicas no fueron oídas.

—A tal obra tal salario, doctor, repetia de vez en cuando su señoría con una sonrisa estrepitosa. Otra vez no te pongas á arrancar dientes á un personaje de mi especie, y sé un poco mas modesto en general. Identificate mejor, querido mio, con las costumbres de la antigua caballería que jamás has comprendido. ¡Dentista, extrae los dientes! ¡Caballero, lucha bien! ¡Notario, haz instrumentos!

—¡Ah monseñor! ¡Monseñor! ¡Vuestras palabras son oro! ¡Haced gracia al notario y al dentista, así como al caballero!



Los enanos continuaban su trabajo. El martillo hería con golpes redoblados sobre la armadura. Bien pronto coraza, celada, coselete, todo estuvo unido de tal modo, que la concha de cobre envolvía á Wappenbekeel. El notario estaba sellado.

Wappenbekeel, que se tostaba, dejó oír prolongados gemidos; pero antes que tuviera tiempo de reconocerse, se encontró envuelto en su cubierta de hierro. Terminado su toilette, le arrojaron á la puerta sin cumplimientos y le abandonaron á su suerte. Libre ya, reunió sus fuerzas y trató de alejarse prontamente de un lugar donde había sido tratado tan cruelmente. Huyó á través de los largos corredores, salió por la gran puerta del puente levadizo, que estaba echada, y en el momento en que ganaba el llano que se extendía á sus pies, oyó espantosas carcajadas, que parecían escapar de las ventanas ojivas del maldito castillo. Último rasgo de barbarie que le hizo derramar lágrimas de sangre.

—¡Estar armado hasta los dientes, murmuró, y no poderse vengar! ¡Ser notario y hallarse sellado! ¡Ser dentista y no poder arrancar ese diente! ¡Ah! esto es horroroso; soy el mas miserable de los notarios, de los caballeros y de los dentistas. ¡Si pudiese yo tan solo desollar vivo á ese condenado castellano!

Cuando hablaba así, hirieron sus oídos los relinchos de un caballo que parecía venir al galope detrás de él. Al punto, sobrecogido de terror á la idea de volver á caer en las garras de los enanos que le habían tostado la piel, se calló y se ocultó entre las malezas. No eran sus verdugos los que le perseguían; era un bonito corcel sin dueño que se detuvo no lejos de él para comer las altas yerbas que le rodeaban. Salió precipitadamente de su escondite é intentó coger al bruto; pero este, mas ágil que el notario, abrumado bajo el metal, dió algunos saltos, y con un aire burlon se detuvo de nuevo á muchos pasos del caballero. El notario, que al principio había querido atraer á la bestia hácia sí por medio de la suavidad, se irritó con aquella resistencia. Hizo un esfuerzo inmenso y se puso á correr con toda la precipitación que podía tras el cuadrúpedo.

El terreno formaba una inclinada pendiente; el notario se enredó las piernas en los espinos, la cabeza arrastró al cuerpo, y héle aquí rodando con una gran rapidez en sus volteretas, saltando de distancia en distancia, y no deteniéndose, en fin, en esta singular manera de viajar hasta el pie de la colina. Tal caída hubiera podido fácilmente costarle la vida, si su armadura no le hubiese desde luego garantido de cualquier contusion en su carrera, y sobre todo si al pie del montecillo pedregoso no hubiese encontrado felizmente un pequeño estanque con un piso mullido de fango y juncos. Rodó como un tronco de árbol; sintió una dulce frescura, y experimento tan viva emoción de placer, que permaneció voluntariamente en el baño frío que la casualidad le había proporcionado.

—¡Ah! ¡ah! exclamó una voz burlona que salía del hueco de un árbol, ¡he ahí un hombre bien templado! Ha sufrido exactamente las preparaciones del mas fino acero: el fuego y el agua; ¡nada le falta!

Era un enano el que hablaba así. Wappenbekeel, el hombre templado, así que se sintió bastante aliviado de sus quemaduras, salió del pantano y quiso volverse á poner en camino. A pocos pasos de allí, vió de nuevo al enjaezado caballo que había ya visto antes. Se aproximó á él y esta vez llegó á cogerle. Al instante se montó y le hizo galopar en la dirección de su casa. El animal, poco acostumbrado sin duda á llevar un hombre cubierto con una armadura, hizo el perezoso; pero sintiéndose desagradablemente castigado por las espuelas del notario, se desbocó y rompió á correr desatinadamente.

El notario, temiendo ser estrellado, se agarró al principio al borren de la silla, mas luego se abandonó á su mala fortuna. Iba, iba, con los brazos en alto, tieso como unas tenazas de chimenea, á través de los pantanos y matorrales, y creyendo su fin llegado. Galopó así hasta las inmediaciones de una pequeña pared arruinada, que el dentista reconoció por pertenecerle. Llegado allí el caballo se detuvo bruscamente, y el caballero cayó al suelo como un saco

de harina. Cuando volvió en sí no encontraron sus miradas al asombrado corcel; se levantó como mejor pudo, atravesó cojeando su huerto y entró en su casa en el momento en que su hija abría las ventanas de las habitaciones. Era de día.

Cuando descubrieron al guerrero adornado con su penacho, todos los niños gritaron á porfía. La misma enferma se alarmó por aquella singular aparición, é hizo un gesto de sorpresa. Esta acogida le desagradó.

—¡Silencio! exclamó nuestro hombre con toda la fuerza de sus pulmones, y dando un golpe en la mesa con su manopla de hierro, de tal modo que se estremecieron los vidrios. No soy ni el diablo ni su embajador. Soy yo, Wappenbekeel, á quien se ha jugado la mala pasada de trasformarle en caballero postizo, sin duda para castigarme por haber hecho tres oficios. ¡Ah! si no hubiese sido yo mas que notario, no se me hubiera puesto en las parrillas á manera de sardina.

La familia no comprendía nada de lo que veía y oía; así que todos permanecieron mudos y con la boca abierta.

Cuando la especie de furor que se había apoderado del notario se calmó un poco, se sentó sobre un taburete y refirió su historia. Un vecino á quien había atraído el ruido, escuchó los detalles de la aventura, y aseguró al caballero dentista que no existía en veinte leguas en contorno ningún castillo Brodogouth, y que ese debía ser un mal genio que se había divertido en aderezarle de aquella suerte.

Mejor quería haber sido martirizado por un genio que por un simple gentil-hombre, y fingió convencerse por mas que la idea le pareciese un poco extravagante. No obstante, bien pronto se vió obligado á reconocer la exactitud del hecho, porque habiéndose hecho desembarazar con gran trabajo de la armadura soldada, descubrió que era del oro mas fino, y que su cuerpo no conservaba ninguna señal de las quemaduras. Este doble descubrimiento no contribuyó poco á volver al pobre hombre á su situación, y cuando mas tarde vendió su belicoso despojo, por el que le dieron dos mil cequies, recordó con delicia los espantos y torturas á que había estado espuesto durante la nocturna expedición por la montaña.

Mad. Wappenbekeel se restableció en dos dias, fuera por las emociones morales que había experimentado, ó ya por la perspectiva de una existencia mas cómoda para el porvenir. En efecto, su esposo, convertido de repente en el habitante mas rico del canton, hizo al punto reconstruir su casita; compró algunos trozos de terreno, un prado y caballerías, y vivió muchos años en medio de los suyos. Dendiendo en el fondo de su corazón al genio singular que había hecho su fortuna, recordó las palabras del gigante, siguió sus consejos y no practicó mas que un solo oficio.

La profesion de dentista fué abandonada por él, así como la caballería; fué solo notario, y fiel á sus deberes, era citado en su provincia por su talento y probidad. Su carácter se mejoró de una manera sensible; dulce, afable, compasivo, mostró sin cesar interés á sus semejantes, socorrió á los necesitados, y perdió esa indiferencia fria y egoista que le distinguía en otro tiempo. Disfrutó de actividad hasta la edad mas avanzada, y casi octogenario, iba todavía á pie á su oficina sin temor al viento, á la lluvia ó á la escarcha, diciendo que nadie había como él, y que había llegado á ser impermeable.

—Bendito sea, decía un día á sus doce hijos, refiriéndoles cómo había sido sellado en el castillo del gigante, ¡bendito sea el temible señor que me ha dado esta lección! Ella puede enseñarnos, mis queridos hijos, que es preciso en este mundo saber permanecer en su esfera, y no pretender alistarse á un mismo tiempo bajo tres banderas. Todo estado es honroso; es prudente que cada uno conserve el suyo. Querer ser á la vez jurisconsulto, médico y aun soldado, es el medio de ser siempre nada mas que regular, algunas veces nulo, y llegar á ser la mofa de los sabios. Sé perfectamente que es muy de moda abrazar diez profesiones á la vez, pero esto es una locura. Hay en mi razonamiento grande enseñanza; os aconsejo saqueis provecho de ella.

INFLUENCIA

DE DIVERSAS SUSTANCIAS VEGETALES

EN EL CUERPO HUMANO.

LOS NARCÓTICOS.—EL OPIO.—EL TABACO.

Si las influencias exteriores obran sobre nosotros, ¿qué sucederá con las sustancias que penetran en el seno mismo de la organización, y que la modifican esencialmente? No hay alimento ó sustancia en contacto con nuestro cuerpo, que sea indiferente. Todas son ó nocivas ó útiles á la salud. Pero su utilidad ó su peligro está sometido á muy diversas condiciones.

Todo es relativo en este mundo; no se pueden dar reglas fijas para todos los temperamentos y todas las situaciones posibles.

En general, cuanto mas activa es una sustancia, tanto mas peligro ofrece.

Todos los venenos no matan inmediatamente al hombre que hace uso de ellos. El alcohol y los narcóticos, tales como el tabaco y el opio, son venenos; de todos los venenos que obran violentamente sobre el cerebro sin destruirle, el mas temible es el opio. Penetra, como el alcohol, en la sustancia misma del cerebelo. Se ha encontrado alcohol y opio en el cerebelo de los que abusaban de él, y aun en los animales cuyo estómago había contenido una cierta dosis. El que se sirve habitualmente de estas sustancias, las transforma pues voluntariamente, y las obliga á entrar en la constitución de su organismo.

Es sabido que el opio es un extracto vegetal muy simple y bastante fácil de preparar, que se saca de las cabezas de adormidera, sobre todo de la adormidera asiática. El efecto de esta sustancia, tomada en semilla, obtenida por decoction, ó fumada como el tabaco, es inevitable y horrible; es la destrucción física y moral: es el completo aniquilamiento del hombre.

En las naciones seducidas por esta fatal embriaguez, se ven sus razas degradadas y aniquilarse todo su vigor. La última guerra sostenida por el emperador de la China contra la Inglaterra, no tuvo otra causa que esa degradación de la población entera, á la que nada pudo evitar el uso mortal de la adormidera en licor, su pasta ó su semilla. Entre los europeos, y entre los mas instruidos y célebres de ellos, algunos han sucumbido á esta costumbre, cuyas inevitables consecuencias son una horrorosa demacración, y frecuentemente la parálisis y la muerte. El poeta inglés Coleridge pereció muy joven, consumido por esta fatal necesidad.

Nada mas curioso y mas interesante que la relación circunstanciada de las sensaciones y delirios del aficionado á comer ó beber el opio, que se encuentra en un libro poco conocido, escrito por un hombre dotado de gran elocuencia é imaginación, pero entregado por mucho tiempo á esta terrible costumbre.

«El opio, dice, ejercía sobre mí una influencia espantosa. En el momento que un objeto se presentaba á mi imaginación, ya no había que pensar en la oscuridad, y le veía reaparecer como un fantasma. Una vez representado así con colores ficticios, como una palabra escrita con tinta simpática, llegaba hasta adquirir un resplandor extraordinario que me destrozaba el corazón.

«Esto iba acompañado de una inquietud y una melancolía profunda imposible de expresar. Todas las noches me parecía que descendía, no figurada, sino realmente, á subterráneos y abismos sin fondo, y sentía descender sin haber tenido jamás la esperanza de volver á subir; aun despues de despertar no creía haber vuelto á subir.

«El sentimiento del espacio y el de la duración, eran los dos aumentados sucesivamente. Edificios, montañas, se elevaban en vastísimas proporciones para ser medidas por la vista. El llano se extendía y se perdía en la inmensidad; alguna vez creía haber vivido setenta ó cien años en una noche; ¡he tenido sueños de un millón de años!

«Tenia yo mucha afición á Tito Livio, de quien confieso que prefiero el estilo y la forma

á los de cualquier otro historiador, y miraba como el símbolo de toda la dignidad romana, esa palabra empleada frecuentemente por Tito Livio, *cónsul romanus*. Las palabras de rey, sultan, regente, etc., etc., ó cualquier otro título dado á los que toman prestada la magestad colectiva de un pueblo, tenían menos poder sobre mí. También me había hecho familiar con un periodo de la historia de Inglaterra, el de la guerra civil, en que me había admirado la grandeza de algunos personajes. Estos dos géneros de lectura visitaron mis sueños. Frecuentemente, después de representármese en las tinieblas una especie de asamblea, una reunión de damas, una fiesta ó bailes, oía decir á lo lejos: Estas son las damas inglesas del desgraciado tiempo de Carlos I; estas son las mugeres y las hijas de los que se han encontrado en el país, sentadas á la misma mesa, unidas por el matrimonio ó los vínculos de la sangre; y no obstante, desde un día del mes de agosto de 1642, no se vieron ya mas que en Marston-Moor ó en Newbury, lavando en la sangre la memoria de su antigua afección.

»Las damas bailaban y sonreían como en la corte de Jorge IV. Sin embargo, yo sabía, aun en mi sueño, que habían muerto hacia casi dos siglos.

»De repente se palmoteaba; oía pronunciar las formidables palabras *cónsul romanus*, y aparecían inmediatamente Paulus y Marius, rodeados de centuriones con túnica escarlata, y seguidos de los alalagenos de las legiones romanas.

»Algunos años después, viendo yo las antigüedades de Roma de Piranesi, Mr. Coleridge me describió una serie de cuadros de aquel artista, llamados sus sueños, y que no son otra cosa que semejantes visiones durante un acceso de fiebre. Cada uno de ellos (me refiero á lo contado por Coleridge), representaba vastos salones góticos; en el suelo estaban diseminadas toda clase de máquinas, cables, poleas, ruedas, palancas, catapultas, etc., etc.; y á los lados de las paredes se veía una rampa, y gateando por esta rampa, el mismo Piranesi. Seguid el edificio un poco mas alto, y vereis que se llega á un precipicio sin ninguna balastrada; y sin embargo, no había medio de retroceder. Era preciso bajar al fondo de los abismos; suceda lo que quiera al infortunado Piranesi, le suponeis por lo menos al fin de sus tormentos y de sus esfuerzos. Pero levantad los ojos, y vereis un segundo intervalo todavía mas alto, y Piranesi, lo mismo, sobre el fondo del abismo. Levantad aun mas los ojos, todavía Piranesi sobre un terrado mas elevado; y así, de elevación en elevación, hasta que se le pierde en las bóvedas tenebrosas de los salones.

»La arquitectura se introdujo en mis sueños. En los últimos tiempos de mi enfermedad sobre todo, veía ciudades y palacios que jamás encontró el hombre sino en las nubes. Era una cosa inmensa.

»A mi arquitectura sucedieron sueños de lagos, de inmensas llanuras líquidas; de tal modo me atormentaron, que temí (esto debe parecer muy aventurado en un médico), que alguna afección de naturaleza parecida á esos objetos alterase mi cerebro.

»Las aguas cambiaron de carácter; en lugar de lagos transparentes, brillantes como espejos, fueron ya mares y océanos. Todavía se verificó un cambio mas terrible que me prometía largos tormentos, y que no me abandonó hasta el fin de mi enfermedad. Hasta entonces la faz humana se había presentado á mis sueños, pero no de un modo absoluto, sin ningún poder especial para espantarme. Pero bien pronto lo que yo llamaba tiranía de la faz humana vino á revelarse; acaso debo yo atribuirlo á algun suceso de mi vida en Londres. Sea como quiera, sobre las encrespadas olas del Océano fué donde se me empezó á presentar la faz humana; la mar estaba como cubierta de innumerables rostros vueltos hácia el cielo, lloviendo, desolados, furiosos, levantándose por miles, por millones, por generaciones, por siglos; mi agitación no tenía límites; mi alma se lanzaba con las olas.

»Un día me pareció que estaba acostado, y que me despertaba por la noche. Al poner la mano en tierra para levantar mi almohada, sen-

ti una cosa fría que cedía cuando yo me apoyaba encima. Entonces me incliné fuera de la cama y miré. Era un cadáver tendido á mi lado; sin embargo, yo no estaba ni acobardado ni admirado. Le cogí en mis brazos y le llevé al cuarto inmediato, diciéndome: va á estar allí tendido en tierra; es imposible que vuelva á entrar si quito la llave de mi cuarto.

»Después de eso me dormí; algunos momentos después, todavía estaba yo despierto; era por el ruido de mi puerta que se abría; y la idea de que se abría mi puerta teniendo yo la llave, me causó un mal terrible. Entonces yo veía entrar el mismo cadáver que poco antes había hallado en tierra. Su paso era singular: se hubiera dicho que era un hombre á quien se le habían quitado los huesos sin quitarle los músculos, y que intentando sostenerse sobre sus miembros flexibles y flojos, iba á caer á cada paso. No obstante, llegó hasta mí sin hablar, y se acostó sobre mí. Sufría entonces una sensación espantosa, una pesadilla que nadie puede imaginarse; además del peso de su masa informe y asquerosa, sentía un hedor insostenible al sufrir los besos de que me cubría. Entonces me incorporé agitando los brazos, lo cual dispuso la aparición.

»Me pareció en seguida que estaba sentado en el mismo cuarto al fuego, y que leía delante de una mesita, en la que no había mas que una luz. Un espejo había delante de mí, encima de la chimenea; habiendo levantado la cabeza de cuando en cuando, conforme leía, vi al cadáver que me perseguía, leyendo por encima de mi hombro el libro que yo tenía en la mano. Debo decir que este cadáver era el de un hombre de sesenta años próximamente, que tenía una barba gris, tosca y larga, y cabellos del mismo color que le caían sobre las espaldas. Sentía aquellos asquerosos pelos rozarme el cuello y la cara.

»Júzguese del terror que debe inspirar semejante vision; permanecí inmóvil en la posición en que me encontraba, no atreviéndome á volver la hoja, y fijos los ojos por el espejo en la terrible aparición. Un sudor frío corría por todo mi cuerpo. Este estado duró mucho tiempo, y la inmóvil aparición no se movía. Sin embargo, oí poco antes abrirse la puerta, y vi detrás de mí, por el espejo, entrar una procesión siniestra; eran horribles esqueletos llevando en una mano sus cabezas, y en la otra largos cirios, que en lugar de un fuego rojo y vacilante, arrojaban una luz opaca y azulada como la de los rayos de la luna. Se paseaban en círculo en el cuarto, que de muy caliente que estaba antes se puso helado, y algunos se bajaban y calentaban sus manos largas y lívidas en el fuego sombrío y triste de la chimenea, volviéndose hácia mí para decirme: hace mucho frío.»

El hombre de talento y aun de genio que había desafiado y buscado esas espantosas alucinaciones, fué víctima del opio. No conservó sino la inteligencia necesaria para describirlas, y una inteligencia destinada á hacer el honor de Inglaterra, no produjo mas que un solo libro, el que contiene la confesión de su desgracia y de su falta (4).

EL TABACO.

»Se cree generalmente, dice un poeta alemán caprichoso, en el sistema de Copérnico ó en el de Newton. Es un error. El mundo está en las nubes, como todo el mundo sabe, y es en las nubes del tabaco. Nada mas que el humo de tabaco que sostenga el mundo físico y moral. El diablo fuma una gran pipa muy bien culoteada, y nuestro pobre globo, que se mece envuelto en nubes de humo tan vagas, está allí suspendido y balanceado como un hombre ebrio por encima de la pipa del diablo. ¡Si! la hoja de la Habana sostiene en el aire todos los presupuestos empobrecidos de la Europa. El dandy privado de su cigarro, ó el estudiante, ¿tendrían un solo azar para sostenerse? Creedme sobre mi palabra, las cosas humanas no valen nada sino por el humo de la pipa, y el diablo nos fuma y nos culotea todos los días...»

La pasión del tabaco, que no había invadido

(4) Confesión de un *theriakí*. Los *theriakís* son aquellos que en Oriente hacen uso del opio.

mas que la España y la Holanda, ha llegado á ser general sobre la superficie del globo. La renta mas clara de ciertos gobiernos resulta del monopolio de esta planta narcótica. En definitiva, es un veneno.

Infinitamente menos poderoso que el opio,



Tabaco en hoja.

no es menos que él un anti-digestivo temible. Causa casi siempre vómitos ó náuseas al que lo masca, al fumador, aun al que está acostumbrado á sus efectos. De todos los modos de envenenarse con el tabaco, el menos peligroso es la costumbre de fumar. Sin embargo, os suplico contempleis á ese fumador novicio. ¡Qué esfuer-



Tabaco en flor.

zo poderoso puede resistir á la influencia del narcótico! ¡Cómo cae su labio! ¡Cómo ese ojo estraviado se abre sin brillo!

Pero el uso del tabaco fumado y tomado, bien merece otro capítulo; para él dejamos un gran número de anécdotas auténticas sobre el uso del café, del té, y sobre todo del tabaco, que examinaremos en sus resultados y en sus efectos sobre la salud, sobre el aliento y sobre el estómago del hombre. En estos últimos años se han reunido con este objeto una multitud de observaciones instructivas, las que preferimos á todas las declamaciones y á todos los razonamientos, y cuya compilación es bastante curiosa para ser ofrecida á nuestros lectores.